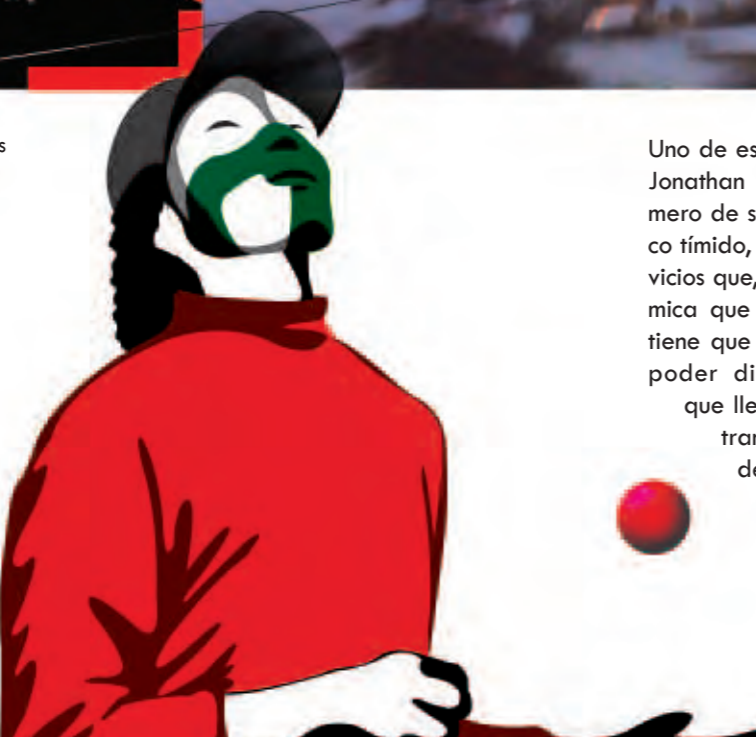


Edison Flores



LA LUZ ROJA

En algunas esquinas de nuestras ciudades, cuando el semáforo muestra su luz roja que detiene a los apresurados conductores, surge la oportunidad para algunos jóvenes, que esperan con tantas ansias esa señal, para empezar a trabajar con sus malabares que les permiten ganarse el sustento que surge de la generosidad de ciertas personas que les entregan monedas como pago de aquellas proezas.

Uno de estos muchachos se llama Jonathan Cárdenas, él es el primero de seis hermanos, es un chico tímido, sano, sin ningún tipo de vicios que, por la situación económica que atraviesan sus padres, tiene que pintarse el rostro para poder disimular la triste vida que lleva en algunas esquinas transitadas de la ciudad de Cuenca.

Jonathan no tiene la dicha de algunos jóvenes que pueden dedicarse a estudiar y divertirse, puesto que debe salir a trabajar al pie de los semáforos con sus malabares, dejando a un lado la vergüenza que sentiría un joven de su misma edad, porque la sociedad es tan prejuiciosa que juzga a la gente sin siquiera saber la cruda realidad por la que esta juventud arriesga su vida en medio de los distintos vehículos que pasan a poca distancia de ellos.

Cuando el semáforo cambia su luz a roja, con la habilidad que Dios le ha brindado, se para en media vía para hacer los malabares que realiza con unas pelotas pequeñas, lanzándolas al cielo como quien agradece por permitirle ganarse de una manera honrada los pocos centavos que le regalan para que vaya poco a poco realizando sus sueños.

Luego de que el joven lanza y hace girar entre sus manos las pelotas de colores, algunos conductores abren sus ventanas para dejarle alguna propina y otros, simplemente le ignoran, como si fuera un ser despreciable.

Las monedas que consigue en su lucha diaria no solo le sirven para ayudar a su familia, sino para costearse los estudios con los que algún día quiere llegar a ser un gran ingeniero en marketing.



Él estudiaba en el Colegio Manuel J. Calle, estaba en tercer curso, pero la necesidad de conseguir dinero le llevó a descuidarse, lo que dio como resultado la pérdida de año. Las personas que le conocen, como los profesores y compañeros del colegio le dan ánimos para que trabaje y estudie.

Jonathan piensa que cuando termine el colegio podrá dejar de arriesgarse en este trabajo y conseguir algo mejor, pero, por ahora

no tiene otra opción para ganarse la vida y luchar por sus sueños.

La competencia que tienen los malabaristas es muy grande, muchos jóvenes que se ganan la vida de esta manera, pelean por conseguir las esquinas más transitadas, "es por eso que en este mundo no se puede encontrar buenos amigos", dice Jonathan, en medio del ruido por los automotores que transitan por el lugar donde trabaja todos los días desde hace seis meses.